

MAQUIAVELO O LA MODERNIDAD DEL FENÓMENO DEL PODER (HACIA UNA FILOSOFÍA RENACENTISTA DEL PODER)


FRANCISCO PIÑÓN*

Resumen: Maquiavelo, el autor de *El príncipe*, inicia en teoría política una específica modernidad: aquella que consagra la *eficacia* o la *efectividad* en la conquista y conservación del poder, o aquella que privilegia la *ciencia-técnica* y no las virtudes de la antigua filosofía moral. Por lo mismo, Maquiavelo, en su modernidad, ya está lejos de Platón, Aristóteles o del mismo Cicerón. Es el escritor y pensador de la *civitas hominis*. Se vislumbra, con él, un mundo nuevo con sus luces y sus sombras. Y, por supuesto, con un humanismo específicamente secular, aún en sus contradicciones.

Abstract: Machiavelli, *The Prince's* author, initiated an specific modernity in political theory: that which privileged efficacy and effectivity in the conquest and conservation of power, or that which privileged technoscience and not the virtues of ancient philosophy. For this very reason, Machiavelli is already far from Plato, Aristotle and Cicero. He is the writer and thinker of *civitas hominis*. Machiavelli conceives a new world with its lights and shadows. And, of course, with an specifically secular humanism, even with its own contradictions.

PALABRAS CLAVE: ESTADO, HUMANISMO, MODERNIDAD, PODER, POLÍTICA

1.

 Los filósofos griegos ya habían detectado la condición humana frente al fenómeno del poder. La más antigua tragedia griega, *Las Suplicantes* de Esquilo, ya había propiciado reflexiones acerca de la libertad, la igualdad y, por tanto, ya se había subrayado la tiranía. En *Los Persas*, del mismo autor, el personaje Atossa

* Profesor-investigador, Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, gjf@xanum.uam.mx

interpelaba al coro sobre el gobierno de los déspotas y el *Protector* del pueblo en Atenas, Pisítrato, apenas si conservaba su origen popular. Pero a pesar de los grandes textos “democráticos” de la época de Pericles (*La isonomía, El gobierno del pueblo, La igualdad de los derechos*) o los sueños de Otanes en discusión con Megabizo y Darío, los ideales griegos de democracia se enfrentaron con el realismo más fuerte de la política realmente existente. Después de la alianza con el rey de Macedonia, la *Polis* griega ya no era autónoma, sino que tenía que convivir con un poder que no era precisamente el solo poder de las ideas o de las buenas doctrinas políticas: el ejército.

Roma construyó un Imperio con pretendidas ambiciones universales, pero para conseguirlo fundamentó en toda su esplendorosa jurisprudencia los alcances de su *maiestas* y de su *potestas* y serán Cicerón y Séneca, Quintiliano y Justiniano, los que nos ofrezcan los rasgos característicos de ese *imperium* y *dominium*. La *Romanitas*, ya criticada por el cristiano Tertuliano, terminará con los decretos de Valentiniano II, Graciano y Teodosio I, al intentar *cristianizar* el ya decadente y declinante imperio romano. El *rex et sacergos* de la tradición romana lo continuará el cristianismo oficial.

Pero el fenómeno del poder seguirá cabalgando, como dijera Nicolás Maquiavelo, durante el medievo. Agustín de Hipona se revestirá con la doctrina de las “Dos Ciudades” en lucha con sus dos principios. La teoría de las dos espadas seguirá alimentando los pensamientos medievales, aún en las disputas filosófico-teológicas sobre los Universales. Guillermo de Ockam, Marsilio de Padua y Dante Alighieri, serán los que empezarán a develar y a criticar los poderes temporales de la *Civitas Christiana*. La fe ya se había convertido en demasiado *institutio* y el espíritu secular ya invadía, con el Renacimiento, las críticas y los análisis del fenómeno del poder.

Pero será Maquiavelo el primer pensador moderno que nos descubrirá, con lenguaje ya terriblemente contemporáneo, los verdaderos resortes del poder político. Thomas Hobbes no hará sino fundamentarlos filosófica y psicológicamente en sus reveladoras obras maestras *De Cive, De Homine, De Corpore* y el *Leviathan*. Maquiavelo nos ofrecerá la posibilidad de construir una *ciencia* del fenómeno del poder. Hablar del poder ya no era escribir tratados acerca de la virtud o sobre la moral. A partir del Renacimiento era ir “*alla verità effettuale della cosa*”. Y esta *verdad efectiva* era el Poder estudiado como un hecho natural, fenoménico, empírico. El hombre del Renacimiento ya no era considerado sólo como un posible habitante de la Ciudad Celestial o miembro de una *Eclesía*

en donde la *Doctrina Christi* ocupaba un puesto central y fundamental. El hombre de Maquiavelo ya era escrito y alabado por los filósofos y artistas del Renacimiento: era el hombre al que “le es dado tener lo que desea y ser lo que quiere” del *De hominis Dignitate* escrito por Pico della Mirandola. Ya no es el hombre de Marsilio Ficino que cree todavía en concepciones astrológicas. Su mundo no es ciertamente un mundo “místico” (aunque sí mítico) poblado de deidades, aunque sí creía en la Diosa Fortuna, pero a condición de ser dominada, sometida, violentada (*metere sotto*), como al fin mujer, por la *virtus* (fuerza) del *vir*, del príncipe.

El mundo del poder que Maquiavelo describe, en los albores de la Edad Moderna, es el universo ya científico de un Leonardo da Vinci, Galileo Galilei, Johannes Kepler e Isaac Newton. Ya es un mundo movido por fuerzas mecánicas, físicas y psicológicas, expresadas en lenguaje filosófico y científico por Gottfried Wilhelm Leibniz, por Hobbes, y antes, preparando el ambiente, por Nicolás de Cusa y por Giordano Bruno. El mundo ya no es el mundo de Dios, sino el mundo del Hombre. El Universo ya es plenamente (como la era en Cusa) una *manifestación* de lo Divino y la Naturaleza era una especie de *Dios creado*. Maquiavelo no hace sino recoger, en su filosofía del poder, las *ideas* cusanas y brunianas del valor en sí del individuo, en su dimensión particular, y aplicarlas al fenómeno del poder. Por eso el poder, para Maquiavelo, será un arte y una técnica. La filosofía vuelve su mirada a la naturaleza, a lo visible. Ya ha superado a Francesco Petrarca que, en 1336, en sus *Cartas*, donde narra su ascensión al Monte Ventoux, al admirar la naturaleza, todavía se avergüenza. El Renacimiento coloca al hombre y a la Naturaleza como objeto central de su reflexión, inclusive, el viejo y metafísico concepto de *materia*, como explicación de la realidad del Universo, será cambiado, por Galileo, por el más científico y moderno de *mecánica*.

En este ambiente intelectual, de estudiar al hombre por el hombre mismo y a los hechos mismos (que hincan sus raíces en una antigua concepción jurídico-política del medioevo, que anticipan las técnicas de la ciencia moderna),¹ debemos colocar los análisis del fenómeno del poder en el mundo moderno, por lo menos dentro de la cultura de la tradición grecolatina. Maquiavelo analiza el poder, desnudo y directo, natural y empírico, como el poder de los Estados que describía en su tiempo, de la misma manera como Andre Vesalio describía el cuerpo humano en su *Corporis humani Fabrica* o como Michel de Montaigne

¹ Cfr., Giovanni, 1958.

nos develó el alma humana en sus famosos *Ensayos* de 1580. Ciertamente Bernardino Telesio se equivocaba al subvalorar el pensamiento o las categorías aristotélicas en el estudio del poder. Pero también es cierto que el fenómeno del poder, a partir del nacimiento de nuevos Estados y nuevas relaciones sociales, había cambiado. Ya no es el puro “Patrimonialismo” o “Sultanismo”; son ya incipientes “organizaciones” y radios de “influencia” que presagian los modernos análisis del poder de Antonio Gramsci, Karl Renner, Joseph Schumpeter,² Ralf Dahrendorf,³ Harold Lasswell y Abraham Kaplan.⁴ A partir del siglo XV y XVI el mundo empírico-social había cambiado, en intensidad cultural y en extensión geográfica, y con él el fenómeno del poder. El mundo se ha *ensanchado* y el hombre europeo se detecta pequeño, minúsculo en una inmensidad, pero, tal vez, también por eso, se agarra más a sus pequeñas *propiedades o intereses*.

En el Renacimiento, al ser el hombre un fenómeno central, será estudiado como la *maiestas* o como la *potestas*, pero, sin dejar de ser considerado como un animal social, se le describirá como un enamorado del poder concreto, en donde el poder, la gloria, las riquezas, han desplazado las antiguas categorías de virtud, de honestidad, de justicia, de los pensadores grecolatinos. Muy lejos ha quedado el *De Senectute* de Cicerón, en donde nos exalta la moral ejemplar de la piedad de los antiguos, o los consejos de un Séneca, cuando exhortaba a la posesión de las virtudes principescas: honestidad, magnanimidad, liberalidad.

2.

En el mundo moderno, a partir del Humanismo, el poder es ante todo un poder secular, terrenal, totalmente mundano. Y no es que Maquiavelo o sus seguidores (los humanistas) renieguen de la visión también espiritual del hombre, sino que están convencidos de que ya los Reinos no se pueden gobernar “A base de Padresnuestros”, como opinaba Francisco Gucciardini. Ahora, los *héroes* son Cesare Borgia, Luis XII de Francia, el cardenal della Rovere. El poder se manifiesta —y se le alaba— en todo su esplendor. Tiene libre el campo de todas las *ataduras* que una moral *tradicional y ortodoxa* le oponían. El Poder, en su ejercicio, solamente tiene una condición: debe ser una obra de arte, una técnica,

² *Cfr.*, Schumpeter, 1964.

³ *Cfr.*, Dahrendorf, 1970.

⁴ *Cfr.*, Kaplan, 1950; *cfr.*, Lasswell, 1936.

una *cosa efectiva*. Tenía razón el poeta Lodovico Ariosto, en el siglo XVI, al lamentarse que la Caballería medieval, con todo su romanticismo, había sido desplazada por la introducción de las armas de fuego.⁵ La poesía épica heroica-burlesca *Orlando furioso* había preparado el camino al *Quijote*. Pero ya sus lectores estarán convencidos de su irrealdad. El poder no abandonaba, en su totalidad, sus ropajes míticos o ideológicos —que nunca se los podrá quitar—, sólo lo expresaba de diferente manera: también como absoluta conciencia humana, como obra meramente racional, regida por criterios naturales. La hipótesis de Dios ya no era norma de conducta, ni para el *condottiero*, ni para el príncipe. Maquiavelo será uno de los creadores *ideológicos* de esta nueva *forma mentis*. El poder como acto natural salido del hombre natural, concebido como un hecho eminentemente *político*. Es el Maquiavelo, aún de sus años de juventud, antes de la redacción de *El Príncipe*, ante todo en su juicio acerca de la actitud por demás *política* del monje Jerónimo Savonarola, en su carta a Ricciardo Becchi del 9 de marzo de 1498:

[...] *dubitando eglo forte di se* [escribe Maquiavelo], *e credendo che la nuova Signoria fussi al nuocergli inconsiderata, e deliberato che assai cittadini, rimanessino sotto la sua ruina, cominció con spaventi grandi, con ragione a chi non l discorre efficacissime, mostrando essere ottimi e'sua seguaci, e gli avversari scelleratissimi...* [sino que después], *veggendo che non gli bisognava temer pou' degli avversari suoi in Firenze, [cambia] mantello [y] viene secondando i tempi, et le sue bugie colorendo.* (Maquiavelo, 1968: VIII)

El monje Savonarola, a pesar de su lenguaje *religioso* será, para Maquiavelo, un hombre *político*.

El lenguaje sobre el poder ha cambiado con Maquiavelo. Savonarola, el fogoso predicador que ha apasionado y seducido a la disoluta Florencia y ha despertado la admiración de hombres como Ficino y Pico della Mirandola es, para el escritor florentino, un hombre simple, ni santo ni profeta, pero un hombre con poder. El medioevo, con sus preocupaciones de tipo religioso, ya le está muy lejano. A Maquiavelo ya no le llaman la atención las *perfidias*, las *fornicaciones*, las *usuras*, las *impiedades* de Roma o Florencia, como le llamaban la atención al

⁵ *Cfr.*, Ariosto, 1951: cap. IX, 88-91; cap. XI, 21-28.

monje Savonarola.⁶ El cónsul florentino ya es totalmente secular y terrenal y está decidido “a aullar con los lobos”. La *política*, para el florentino, ya es una *ciencia* o una *técnica*, sin consideraciones de tipo moral en su realización práctica. Por lo menos la moral tradicional que señalaban los grandes y clásicos tratadistas. A Maquiavelo, escribe, le interesa evitar la *ruina* de su querida Italia: que “no es causada por otra cosa que por haber descansado por espacio de muchos años en las armas mercenarias”.⁷ Por algo sus héroes, de aquí en adelante, son los profetas armados: Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo.

Maquiavelo desnuda y valora la fuerza y el poder. Son sus *razones* para su Estado moderno. El poder debe ser efectivo y temido y se expresa en los Estados como hechos naturales, datos naturales, fenómenos naturales de fuerza. Y la *razón* ya tiene otra manera de expresarse: las armas. Serán los futuros análisis de Georg W. Hegel y Max Weber. La seguridad, como razón de Estado, ya tenía una cobertura ideológica. El humanismo cristiano de Ficino o de Pico della Mirandola ya había quedado roto. La vuelta a una vida interior de la *Doctrina Christi* de Desiderio Erasmo de Rottherdan, de Thomas Moro o Tommaso Campanella, cedía el lugar a la política de la “*verità effettuale della cosa*” del capítulo XV de *De Principatibus*, en donde el interés, la gloria, la fama, el éxito en el poder, constituían el *espíritu* de los *condottieri*. La *virtus* vencía y se enseñoreaba de la *dea fortuna*. Era ya la naciente burguesía humanista que con sus ambiciones empezaba a velar sus armas. Los Médicis de Florencia, los Julio II, los Maximilianos, los Francisco I o los Carlos V, no era sino los representantes de ese paradigma de *arma et litterae* típicamente renacentista.

Maquiavelo, como escritor del Renacimiento, estaba preparado psicológicamente para detectar las fuerzas reales que se movían en la política de los nacientes Estados. Inclusive sabía leer las motivaciones políticas (o así creía él) dentro del lenguaje religioso. O mejor, su visión de la realidad era estrictamente político-militar a pesar de su clara cultura humanista. Por eso, la religión no es sino *instrumentum Regni*, adelantándose a todos los que, como Hobbes, quisieran la eterna tentación del poder: *cuius regio eius et religio*. No es otra la mentalidad de Maquiavelo al juzgar la obra y la política religiosa de Savonarola. El *Frate* del Convento de San Marcos es enjuiciado directamente por su política real que el florentino trataba de intuir en la *reforma* o *regeneración* que pretendía el

⁶ *Cf.*, Savonarola, 1930: 9.

⁷ Maquiavelo, 1950: cap. VI y XII.

predicador de Florencia. Maquiavelo, en su primer escrito conocido, que es una carta dirigida a Ricciardo Becchi del 9 de marzo de 1498, precisamente hablando de Savonarola, se expresaba en términos de *fuerza* al juzgar los hechos y la política florentina. Detrás de la imagen del Reformador, del elocuente predicador de la moral para salvar a los florentinos, se escondía, según Maquiavelo: la intriga, el engaño, la mentira, el uso de la *potencia* en los tratos del monje dominico con la *nuova Signoria*.⁸

Maquiavelo reprocha a Savonarola su reformismo extremista y radical, su moralismo llevado hasta sus últimas consecuencias so pretexto de reformar la sociedad. Para el predicador, Lorenzo de Medici es un tirano y Florencia una ciudad pecadora. En una carta a sor Caterina de Cutiliano, Savonarola nos describe todo su programa que en parte también conividía Maquiavelo, mas por motivos diversos: “Es tiempo de renovarse y desbaratar los juicios de los hombres, porque todo hombre es una mentira. Es tiempo de combatir contra los tibios (*tiepidi*) y falsos hermanos. Nos perseguirán. Pero las cosas de Dios no se lograrán sin guerra ni victoria”.⁹ Inclusive Savonarola conividía, en parte, los intentos absolutistas y centralistas de la política maquiaveliana. Creía, el monje dominico, que “los pueblos dotados de ingenio y sangre hirviente y audacia no son fácilmente gobernables por una sola cabeza, si no los tiraniza; porque se las ingenian de continuo para maquinan insidias contra el príncipe”.¹⁰ Pero mientras Savonarola pugnaba por una reforma eminente y puramente moral y religiosa, Maquiavelo la centralizaba en la fuerza de las armas, aunque hay que aceptar que también reconocía —con menos énfasis, es verdad—, el valor de las buenas leyes. La crítica, pues, del florentino al predicador consistía en que el Reformador no se había basado en los *profetas armados*, en la fuerza que ya detectaba en los Estados *nuovi* del Renacimiento.

Las relaciones entre los Estados son, para el pensamiento de Maquiavelo, “relaciones de fuerza” (*rapporti di forza*), porque solamente por ella se puede hacer valer las opiniones. Maquiavelo ya no sostenía la vieja tradición humanística de la antigüedad. Al escritor florentino ya no le llegaban los acentos religiosos que Petrarca dedicaba *Ai Signori d'Italia* para que se prepararan a la muerte y supieran que “*la strada del ciel si trova aperta*”. O también cuando el mismo

⁸ Caprariis, 1968: cap. VIII.

⁹ Ridolfi, 1936: 31-38.

¹⁰ Savonarola, 1965: 447.

Petrarca, que expresaba el clima intelectual de los humanistas, recordaba a Luchino dal Verme que no olvidara la prudencia, la humanidad, la justicia, la modestia y que tenía que oponer la industria contra la inercia, la religión contra la superstición, la verdad contra la mentira, la fe contra la perfidia, la esperanza contra el temor.¹¹ Lo mismo dígase de cuán lejos está Maquiavelo de los ideales de Cicerón que encontramos en Petrarca en su carta a Francesco da Carrara en donde recomienda como esencial para gobernar “*primamente amabile e non terribile ai buoni*, [con una] justicia que es misericordia y misericordia que es justicia”.¹² Por algo, Maquiavelo estará en contra de la opinión de Petrarca cuando éste sostiene que en el arte de gobernar es mejor ser amado que temido: “Nada hay más estúpido, nada más ajeno a la estabilidad del principado que ser temido por todos”.¹³ A Maquiavelo ya le parecen extrañas las virtudes principescas que señalaran los filósofos antiguos y medievales. Ya no compartiría las exigencias de Platón en el arte de gobernar: amor por la verdad y la justicia, la templanza y sin ansia de la riqueza, buscar los placeres del alma con sentido de proporción y armonía.¹⁴ Será también extraño el lenguaje de un Tomás de Aquino para equiparar *gubernatio* con *imitatio Christi*.

3.

Maquiavelo es un enamorado del poder concreto, fenoménico, empírico. No escribe un tratado acerca del poder. Su experiencia es sobre los hombres que detentan el poder. Los conoce y los descubre, pero aprueba muchos de sus actos y acciones con tal de que se dirijan, en verdad, a la unificación y consolidación de un Reino. Sin embargo, procede por razones meramente morales, desde la perspectiva de una razón individual, con el prisma de una moral edificante desde el punto de vista de la conciencia. En este sentido, y únicamente, ha roto con la moral tradicional en el arte de gobernar. Sabe que los Estados son fuerzas y fenómenos naturales de poder y que los príncipes renacentistas “solamente estiman a quien está armado o quien está preparándose para armarse” (*stimano solamente o chi é armato o chi é parato a dare*). Maquiavelo no duda de que en su tiempo

¹¹ Petrarca, 1833: 101.

¹² Petrarca, 1833: 31.

¹³ Petrarca, 1833: 18.

¹⁴ *Cfr.*, Platón, 1981: 485b y 486d.

las armas son necesarias en los Estados. No sólo por las *condiciones de fuerza* que él detectaba en los aliados y enemigos de Florencia, sino también por el conocimiento que tenía de una naturaleza humana en donde la gloria, la riqueza y el poder —la insaciable *cupiditas*— constituían los rasgos característicos de un hombre renacentista para quien ya no se podía “gobernar a base de Padre-nuestros”. La experiencia de los romanos y lo que Maquiavelo *vivía* y experimentaba sobre todo en la Corte de Luis XII y su Ministro, el cardenal de Rouen, George d’Amboise, habían hecho del escritor florentino un atento observador de acontecimientos de *fuerza* en el terreno de la política. Por eso, por la observancia de los tiempos y las circunstancias, Maquiavelo no estuvo de acuerdo ni siquiera en el realismo que se retrata en el *De Tyranno* de Salutati, ni en los comentarios de Leonardo Bruni a *La política* de Aristóteles, aunque ellos sí reconocían la necesidad de una centralización fuerte del Estado. El mismo ministro del poderoso rey de Aragón, Giovanni Pontano, que tenía la experiencia directa de las gestas de Fernando el Católico, no dudaba en aconsejar en su *Liber de principe*, dirigido al duque Alfonso de Calabria, las virtudes principescas tradicionales: bondad, templanza, piedad, justicia, clemencia.¹⁵ Maquiavelo no puede estar de acuerdo en los siguientes consejos de Pontani que sintetizaban la mejor tradición humanística grecolatina: “Un príncipe que defiende las leyes más que otra cosa y no exige otra cosa sino lo justo y bueno”, ese es el modelo de virtud.¹⁶

Para el autor de *El Príncipe*, el modelo de virtud era la *vis*, o sea el arrojo y la valentía, suplantaban a las antiguas virtudes de la templanza y la prudencia. La idea de Maquiavelo se resumía en *domar* (dominar) a la legendaria *dea fortuna*, que al fin como mujer, debería ser sometida (*mettere sotto*) por la *vis* del príncipe. Maquiavelo tenía una visión heroica de la política: su concepción político-militar impregnaba y sintetizaba toda su estrategia social. Las armas expresaban, de una manera preponderante, el poder que Maquiavelo detectaba en las cortes y en los reinos. Los señores y los príncipes concretizaban esa visión. Por eso eran ellos, los príncipes, los verdaderos culpables de las desgracias de Italia. En *El Príncipe* y en los *Discursos* nos habla de “los pecados de los príncipes, [que] han hecho a Italia sierva de los forasteros”.¹⁷ Lo mismo afirmará en *El arte*

¹⁵ Pontani, 1518: 87.

¹⁶ Pontani, 1518: 93.

¹⁷ Maquiavelo, 1968: *El Príncipe*, cap. XII; *cfr.*, *Discorsi*, libro II, cap. XVIII.

de la guerra, al lamentarse de la carencia de príncipes sabios en Italia y constatar que los italianos “no han adoptado ningún orden bueno”.¹⁸

Pero en ese orden bueno de Maquiavelo, no era el *ordo Christi* de la *Institutio principis christiani* de los mejores ideales de Erasmo, ni la “*santissima gustitia*”, “*senza la quale nessuna città può essere*”, que leemos en la *Laudatio Florentinae urbis* del humanista Leonardo Bruni.¹⁹ Pero ni siquiera, el humanista florentino, tomaba en cuenta los *ordenamientos democráticos* que sostenían otros humanistas, como Coluccio di Piero di Salutati o Poggio Bracciolini, contra la *Signoria* de los *Visconti* y que se sintetizaban en los ideales de justicia y buenas artes. Maquiavelo ya estaba curado de lo que él juzgaba como meras *abstracciones* humanistas. El terreno que pisaba estaba impregnado, según él, de la “*verità effettuale della cosa*”, es decir, de un realismo político que no admitía los sueños de las utopías. Estaba muy lejos de las preocupaciones artísticas de la ciudad de Florencia y sus humanistas Ficino y Ángelo Poliziano. El mismo Savonarola, a pesar del respeto que el cónsul de Florencia le profesaba, no se escapará de ser juzgado como un profeta desarmado.²⁰ El “príncipe ideal” no será el que detecte el mesianismo radical del predicador de Florencia, sino uno más adaptado a la conquista real del poder en un mundo que, para Maquiavelo, se veía invadido por ejércitos extranjeros y lejos de los ideales republicanos.²¹

Livio, Tácito, Salustio, ya habían proporcionado una mentalidad “histórica” a Maquiavelo. Ante todo, teniendo en cuenta los ejemplos de astucia y energía de la antigua Roma. Una historia, pues, heroica, en donde Maquiavelo tratará de encontrar los rasgos de su príncipe nuevo, en un escenario en donde ya no regía la burguesía comunal, ni se constataban las políticas unitarias de los antiguos señores. Maquiavelo andaba detrás de un príncipe que uniese fuerza y prudencia. Sobre todo que su virtud sobresaliente sea la fuerza. Por no haberla tenido, o no haberla usado, Savonarola será criticado por Maquiavelo. A pesar de que admiraba en el Frate del convento de San Marcos “la doctrina, la prudencia y la virtud de su espíritu”, no dejaba de recordar que “*tutti é profeti armati vinsono, e li disarmati ruinorono*”, por no saber usar la fuerza como Moisés.²² Maquiavelo

¹⁸ Maquiavelo, 1968: *El arte de la guerra*, cap. VII; *El Príncipe*, cap. XXVI.

¹⁹ *Cfr.*, Bruni, 1965: 39.

²⁰ *Cfr.*, Maquiavelo, 1968: *Discorsi*, libro I, cap. XI.

²¹ *Cfr.*, Maquiavelo, 1950: cap. XXVI.

²² *Cfr.*, Maquiavelo, 1968: *Discorsi*, libro I, cap. XLV; Maquiavelo, 1950: cap. VI.

no entenderá ni la misión ni el *pathos* religioso de Savonarola. Será, en todo caso, un fraile político y arribista que se esconde en la religión para conseguir sus propios fines, tal es el juicio de Maquiavelo acerca de Savonarola en su carta a Ricciardo Bechi el 9 de marzo de 1498.²³

Pero Maquiavelo tampoco entenderá cabalmente el auténtico mensaje o proyecto político de Savonarola. Sin proponérselo, Savonarola será el “filósofo de la nueva democracia florentina”.²⁴ Por lo menos en sus críticas continuas y radicales al *tirano* y, más que todo, por su afirmación contundente de que el señor de Florencia no era la *Signoria*, sino el pueblo (*il popolo é signore*).²⁵ Maquiavelo podría muy bien haber aprendido esa lección de gobierno democrático que Savonarola propugnaba en su *Tratado sobre el régimen y gobierno de Florencia*. Con ciertos rasgos al estilo de Montesquieu, Savonarola anticipa parte de la fisonomía de las democracias modernas.²⁶ Al descartar la tiranía, la monarquía y la aristocracia (los *ottimati*), elegía el gobierno popular.

Por tanto [escribe el monje Savonarola] concluimos que, ora argumentemos por la autoridad divina —de la que procede el actual gobierno civil—, ora por las razones alegadas, la mejor forma de gobierno para Florencia es el régimen democrático, aunque en sí no sea el mejor; y que el gobierno de uno, óptimo de suyo, no es ni siquiera bueno —no digamos óptimo— para el pueblo florentino. (Savonarola, 1965:450)

Pero para Maquiavelo, Savonarola no hacía sino afirmaciones ideales. La fuerza y la astucia dominaban sobre los ideales morales del mejor régimen del pensamiento aristotélico-tomista. No eran tiempos, según él, para la libertad o para la justicia, sino para liberar a Italia de los ejércitos extranjeros. Maquiavelo tomó conciencia de esta situación y obró en consecuencia con su pensamiento político. Pero vio sólo una parte de la medalla. Y tal vez no la mejor. Savonarola veía la otra parte de la historia: aquélla de Abel, el derrotado por Caín. Pero también, tal vez, a futuro, sería igual de eficiente, aun en la mundanalidad, que la teoría maquiaveliana sobre el poder. Porque Savonarola, aun sin armas y sin ejércitos, a

²³ *Cfr.*, Maquiavelo, 1883: cap. III, 4-9.

²⁴ Huerga, 1978: 56

²⁵ *Cfr.*, Savonarola, 1965: 217 y 256.

²⁶ *Cfr.*, Spianzzi, 1953: 273.

pesar de lo que pensaba Maquiavelo, sí entendía y sí tenía un poder. Y el autor de *El Príncipe* lo sospechaba. Tal vez por eso lo criticaba, por no usarlo. Pero el poder de Savonarola iba en otra dirección. Su proyecto era la reforma de Florencia, sobre todo la moral. Para eso esgrimía sus radicales críticas al tirano, cuyos vicios son *infinitos*, difíciles de describir por numerosos.²⁷ No se puede afirmar que el príncipe nuevo de Maquiavelo pueda ser ajeno a la descripción que del “tirano” hace Savonarola: soberbio, prepotente, injusto, adulador, simulador, engañador.²⁸ O por lo menos, muchas de estas características le podrían ser atribuidas. Maquiavelo, sin embargo, sabe que su tiempo renacentista es el tiempo de un poder fenoménico y práctico. Por eso, no teoriza el fenómeno del poder, sino más bien lo observa en los personajes de su tiempo. Teseo, Ciro y Moisés son sus héroes del pasado, sus “profetas armados”. Pero la *experiencia* de las cosas políticas se la ofrecen los hechos de poder de gentes como Alejandro VI y su hijo Cesare Borgia, Juliano della Rovere, Lorenzo y Pedro de Médicis. Maquiavelo sabrá sacar ventaja doctrinal de personajes débiles o de tiranos y podrá elaborar esa autonomía de la política, de la que hablaba Benedetto Croce, que “está más allá del bien y del mal moral”.²⁹

Maquiavelo es, por lo tanto, un pensador del humanismo renacentista. Pero de ese humanismo que ya no es el de Picco della Mirandola, el autor del *De hominis dignitate*, aquél que se conmovía hasta las lágrimas con los acentos apocalípticos del predicador de Florencia. Tampoco será el humanismo de Ficino, o el *ars humaniora* que inspiró el arte de Miguel Ángel Bounarroti o Leonardo da Vinci. Maquiavelo será, más bien, inspirador y producto de ese *sapere aude* renacentista, que tendrá en *arma et litterae* su mejor emblema.

BIBLIOGRAFÍA

- Ariosto, Lodovico, (1951), “L’Orlando furioso”, en Benedetto Croce, *Filosofía. Poesía. Storia*, vol. LXXV, Milán, Ricardo, Ricciardi editores, colección La literatura italiana storia e testi.
- Bruni, Leonardo, (1965), “Le vere lode de la inclita et gloriosa città di Firenze”, en Eugenio Garin, *Scienza e vita civile nel Rinascimento italiano*, Bari, Laterza.

²⁷ *Cfr.*, Savonarola, 1965: 445.

²⁸ *Cfr.*, Savonarola, 1965: 451-465.

²⁹ Croce, 1925: 60.

- Croce, Benedetto, (1925), *Elementi di Politica*, Bari, Laterza.
- Dahrendorf, Ralf, (1970), *Classi e conflitti di classe nella società industriale*, Bari, Laterza.
- Giovanni, Biagio de, (1958), *Filosofia e Diritto in Francesco D'Andrea. Contributo alla storia del previchismo*, Milano, Piccola, Biblioteca Einaudi.
- Huerga, Álvaro, (1978), *Savonarola, reformador y profeta*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Kaplan, Abraham, (1950), *Power and Society, a Framework for Social Enquiry*, Londres, New Haven.
- Lasswell, Harold, (1936) *Politics: Who Gets, What, When, How*, Nueva York, University Press.
- Maquiavelo, Nicolás, (1883) *Lettere familiari*, Florencia, Alvisi.
- _____, (1950), *El Príncipe*, Milano, Rizzoli.
- _____, (1968), *Il Principe e altri scritti*, edición al cuidado de Vittorio de Caprariis, Bari, Laterza.
- Petrarca, Francesco (1833), *Libro degli uffici e delle virtù di un capitano. A Luchino Del Verme Veronese (Opere filosofiche di F.P. revate in volgare favella)*, Milano, Rizzoli.
- Platón, (1981), *La república*, Madrid, Gredos.
- Pontani, Ioannis Ioviani, (1518), “Ad Alphonsum Calabriae ducem De Principe Liber”, en *Opera Omnia Soluta Oratione Composita*, vol. I, Venecia.
- Ridolfi, R., (1936), *Le lettere di G. Savonarola. Nuovi contributi*, Florencia, Olschki.
- Savonarola, Jerónimo, (1930), *Prediche italiane ai Fiorentini* (del noviembre 1, 1494), compilado por Francesco Cognasso, Perugia-Venecia.
- _____, (1965), *Prediche sopra Aggeo con il Trattato circa il reggimento e governo della città di Firenze*, Roma, Belardetti.
- Schumpeter, Joseph, (1964), *Capitalismo, socialismo e democrazia*, Milano,
- Spianzi, R., (1953), “*Cristianesimo e democrazia di Fra G. Savonarola*”, en *Essenza e contemporaneità della Chiesa*, Torino, sei.